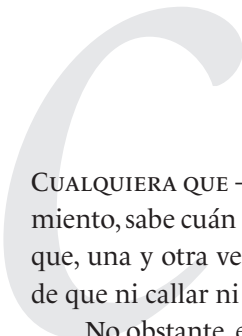


# El deseo, el odio, el pánico, la necesidad

Pablo Molinet



Imagen: iStock



CUALQUIERA QUE —DENTRO DE LÍMITES URBANOS— procure silencio y recogimiento, sabe cuán difíciles de conseguir y conservar son: hay una inercia social que, una y otra vez, los destroza. Sobre esa inercia gravita el sobreentendido de que ni callar ni recogerse son actos valiosos, respetables o relevantes.

No obstante, en todos estos siglos y milenios ha habido quien paga el precio de los votos trapenses o los budistas, o bien de alejarse y permanecer lejos el mayor tiempo posible: más allá de las dimensiones relacionales, sociales y políticas de la existencia, se abren otras a las que no se llega hablando ni se transita en compañía; hay puertas que solamente se cruzan a solas y en silencio.

El mundo contemporáneo sólo concibe estas otras dimensiones en un plano folclórico o idiosincrático; luego, los medios para llegar a ellas, silencio y recogimiento, le resultan sospechosos: algo tienen de maniático, de primitivo, de escapista, de arrogante. (Como toda entidad viva, la sociedad combatirá cuanto perciba como amenaza a su viabilidad, ¿y qué amenaza mayor que la negación de su carácter hegemónico?).

Hay una soledad mortífera, de animal abandonado por la manada; hay otra electiva, de individuo que afirma su singularidad irreductible y toma sus decisiones a la luz de ella: silencio y recogimiento pertenecen a esa otra soledad que, sí, es un gesto individualista.

Y cómo aplasta lo colectivo a lo individual, qué abrumador su poder. Según los marxistas, basta con abolir las clases para que la coexistencia social se torne respirable; según los liberales no son las relaciones de producción, sino la “naturaleza humana” la que hace asfixiante esa coexistencia; según los cristianos es el pecado, y según los ateos la religión.

Y ninguno de esos bandos puede resolver el problema esencial: vivir en sociedad es vivir en pugna. Quien lo dude puede corroborarlo en las redes sociales. Gente que intenta manejar gente. Gente que se resiste a ser manejada.

Gente, pues, que no hace sino replicar —aglutinados, potenciados, decorados con imágenes y sonidos— los patrones de una convivencia sórdida.

Más allá de las necesidades materiales, de la indefensión de los aislados y de la fuerza de los congregados, decenas de ataduras —no por subjetivas menos firmes— nos ciñen a la sociedad, y merced de esas ataduras ella persiste. Las emociones humanas la perpetúan con tanto vigor como las instituciones del Estado.

Es inescapable, innegable, innegociable: es una réplica humana de la fuerza de gravedad. —Ya lo dijo el estagirita, sólo una bestia o un dios puede prescindir de ella—.

Las pulsiones políticas, las mareas económicas la sacuden y alteran; en esa pugna sin fin, en su través, en su trasluz, se atisba la entraña cruda del asunto: se trata de pisotear al prójimo.

Eso: poder, control y atención, son el embrujo de la sociedad que se trasmina a las redes sociales: público para narcisos, huestes para caudillos, feligreses para redentores.

Entre las varias formas que asume el poder de las redes, una que hallo particularmente perturbadora es la de materializar la vanidad. Figurar, dictar cátedra, atraer toda la atención posible: comportarse como un insecto o pez depredador cuya carnada es su propio cuerpo. Quien codicia admiración, quien demanda ojos y oídos sobre su persona; quien alberga la fantasía de conducir la guerrilla o alimenta la de reprimirla, kaibiles de *smartphone* y bolches de escritorio. Hay algo de sombrío apólogo protestante en la facilidad con que las redes les cumplen a todas estas personas sus deseos, a cambio de su energía, manifestada en atención sostenida que a su vez se expresa en el esfuerzo de comprensión de las plataformas y la destreza y persistencia para emplearlas.

Estas personas —junto con las marcas y las instituciones—, empujan la actividad de las redes, pues ellas proveen lo que la jerigonza especializada designa, con neutralidad tecnocrática, como “contenido”: ya sea —en el caso de las cuentas de *marketing* y difusión— las publicaciones producidas para una audiencia determinada,

ya sea, en el caso de *movers & shakers*, el espectáculo cotidiano de gritos y sombrerozcos, condenas y absoluciones, guiños, mohines, pullas, sarcasmos y *gifs* sin el cual los servicios de interacción social en línea estarían tan muertos como un *chatroom* del año 1999 a eso de las tres de la mañana. Y las redes recompensan a manos llenas a estas personas con toda la importancia que quieran; es un trato *ganar-ganar*, pues si en algo se parece un accionista A de Facebook Inc. al más ardoroso e incansable militante comunista, es en su apetito voraz.

Toda plataforma de interacción es un negocio que vende hábitos de consumo, inteligencia comercial, y en menor medida publicidad convencional, esto no es una revelación porque jamás fue un secreto. Me interesa más observar que las redes son magníficas correas de transmisión de las fuerzas que hacen funcionar a las sociedades, el deseo, el odio, el pánico, la necesidad.

Una manifestación del poder de las redes, digo, es dotar de cuerpo a las fantasmagorías del ego; de ellas, la de mandar no es la más escasa. Quien moriría o mataría por un púlpito no necesita más que una cuenta de Twitter o de Facebook para interminable y monomaniacamente instruirnos qué pensar, qué querer, qué decir, cómo vivir. Todas esas personas que albergan una dictadura entre el cerebro y el hígado han hallado —¡por fin!—, el lugar para ejercerla.

En cada interacción social se oculta el cepo de una voluntad presta a intervenir otra. En cada encuentro hay acechanza de cazador y pálpito de presa. Vivir en sociedad es trocar una vulnerabilidad y una pulsión, no cancelarlas. La proximidad del otro no es razón de regocijo sino de cautela.

Bajo esa luz, qué desconcertante el auge de las redes; como si no estuviéramos ya expuestos a bastante asechanza en casa, en la calle, en los espacios canónicos de encuentro; como si no fueran ya de suyo nocivos los lazos tradicionales, buscamos duplicarlos en un plano espectral.

¿Y si de repente escucháramos todos los diálogos internos que tienen lugar en un vagón del Metro? Las

autorecriminaciones; los patrones obsesivos, el rencor, la punzada de la rabia o la aprensión en el estómago; el recuerdo gozoso, la esperanza.

La única diferencia entre ese viaje y el que proponen las plataformas es que esa suerte de promiscuidad neuronal, de convivencia en demasía próxima, no perturba a un usuario estándar de servicios de interacción en línea porque —las conozca o no de primera mano— ha elegido una por una las voces que conforman su red, y porque, a diferencia de quien viaja en ese hipotético vagón, puede silenciar a cualquiera de esas voces en cuanto le plazca.

No obstante, la circunstancia ficticia y la real proponen, parejamente, zambullidas en el pensamiento ajeno, que propician otras preguntas, ¿cuántas voces intrusas resuenan en nuestras cabezas? ¿Cuántas bocas articulan palabras que nos traban para siempre con amarres de desdén o pavor o afecto? ¿Cuántas miradas pesan en nuestros cuerpos? ¿Cuántos cuerpos cuya intimidad lamentamos o añoramos?

¿Y qué movió a esas voces, a esas miradas, a esos cuerpos? ¿La avidez, la pulsión de mandar, el miedo?

¿Qué pasaría si las voces callaran y el peso de lo foráneo se desvaneciera? ¿Si alguien consiguiera desembarazarse de esos vínculos y silenciar a esa muchedumbre adentro? ¿Qué sucedería con toda esa atención y esa energía volcadas hacia los otros? Si alguien, alguna vez, lo ha logrado, ¿está en condiciones de comunicarlo? ¿Y a quién?

Alguna vez mantuve una cuenta de Twitter. De matarla derivé el mismo sentimiento de liberación que al eliminar una cuenta de correo electrónico sin revisión ni rescate; los goces y las amarguras de una época de la vida se disuelven en forma de electricidad en las profundidades de un servidor: no hay nada, no hay nadie a quien asir desesperadamente.

Por un momento, uno es libre de uno mismo y puede aspirar un aire limpio.

Pero el mundo gira en dirección opuesta. Queremos vivir en casas de vidrio, como si la abolición

de la intimidad fuese necesaria y deseable en lugar de aberrante.

Las redes comunican, por supuesto, y lo hacen a una velocidad que relega a la vieja Internet a la bodega de las locomotoras y las diligencias; las redes vertebran, vehiculan, potencian, y ello es sin duda positivo.

La Internet de 2017 no es sino la evolución lógica de la Internet de 2007 —a su vez producto de la de 1997—. Pueden trazarse líneas, algo sinuosas pero nunca discontinuas, entre los *message boards*, como AOL, los *chatrooms*, los grupos de Yahoo!, hasta Twitter y Facebook, así como desde ICQ y los *messengers* hasta WhatsApp. Nada que esté en línea en este preciso momento carece de antecedentes de principios o de fines de siglo; ni el *e-commerce* ni las plataformas de *blogging* ni el video.

Esto es, la llamada *web 2.0* —horizontal e interactiva— no es sino la consecuencia lógica de los patrones evolutivos de la *web 1.0* —vertical y navegable—; patrones creados a partir de las limitaciones de ésta, así como de la doble presión que sobre la red ejercen el dinero y la gente. “Interacción”, *user-defined*, “tiempo real”, “monetización” eran exigencias de los navegantes y los inversores desde hace por lo menos diez años.

La *web* —la suma de necesidades e intereses que se asienta, demanda, prospera en esa ebullición de código y teras— quiere redes; y el día que deje de quererlas, las matará de obsolescencia y abandono. Con ello en mente, asignarles tal o cual carga utópica o distópica me parece ocioso; en esta nota he explorado someramente el infierno social tal y como, a mi ver, se expresa mediante determinadas evoluciones de la tecnología que, si bien lo potencian y enmarañan, no lo crearon.

¿Quién puede condenar o absolver? ¿Conducir e iluminar?

Justo en las redes abundan quienes hacen las cuatro cosas en nombre de tal y cual postura política o escuela de pensamiento, y se les va la vida en ello. Pero, ¿quién puede?